



Crónicas del taller virtual
dirigido por Eloy Jáuregui



La fascinación de lo real

Crónicas del taller virtual
dirigido por Eloy Jáuregui

| Serie
TALLERES VIRTUALES



Primera edición virtual, FCE, Perú, abril 2021

Distribución mundial

- © 2021, Andy Garay Piñarreta
- © 2021, Aribel Piscoya Ramírez
- © 2021, Ben Ancco
- © 2021, Chico Gaitero
- © 2021, David Andrés Mayorga
- © 2021, Gressia Victoria Valenzuela Támara
- © 2021, Rosa Maria Peña
- © 2021, Suzanne Matienzo

D. R. © 2021, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Eloy Jáuregui
Producción: Ciudad Librera E. I. R. L.
Diseño y diagramación: Luis Felipe Caloña Medina
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © Luis Felipe Caloña Medina

ISBN:

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

<i>Presentación</i>	8
<i>Prólogo</i>	9
Andy Garay Piñarreta	
<i>El último bocado</i>	13
Aribel Piscoya Ramírez	
<i>El temble GodGod</i>	16
Ben Ancco	
<i>Scobby es arequipeño</i>	19
Chico Gaitero	
<i>Un fémur roto en</i> <i>el pasaje Bolognesi</i>	21
David Andrés Mayorga	
<i>El aeropuerto de chinchero:</i> <i>La promesa destinada al vacío</i>	27
Gressia Victoria Valenzuela Támara	
<i>Juanito, la historia de miles</i>	34

Rosa Maria Peña

La fortaleza de un campeón37

Suzanne Matienzo

Las asfixias del Perú de Eloy41

ELOY JÁUREGUI

Es licenciado en Lingüística por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y periodista por la Universidad Jaime Bausate y Meza. Es profesor de Ciencias de la Comunicación en la especialidad de Escritura Creativa y periodismo en la distinción de Crónicas en la Universidad de Lima y otras universidades del Perú. Es tallerista en diferentes centros culturales en la particularidad de Periodismo Literario. Es autor de una veintena de libros sobre temas de cultura popular y devenires urbanos. Es además destacado poeta del Movimiento Hora Zero.

Es reconocido cronista con premios internacionales y autor de un reciente singular tratado de periodismo literario “Una pasión crónica”, un texto de teoría y práctica producto de sus clases y talleres que se ha convertido en obligado método para la literatura de la ficción. De este texto singular se desprende a afirmación que la escritura que se ejercita hoy, está castigada por la plaga de la medianía contemporánea. Por ello el taller enseñará que la pasión por la escritura debe tener un componente musical y poético en beneficio de la crónica periodística. Así como a todos nos gusta contar historias, el cronista busca encontrar el encanto de un buen relato periodístico. Esta tecnología es necesaria en tiempo de adaptar la tradición con los nuevos soportes digitales.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

La fascinación de lo real

Por: Eloy Jáuregui

Para los participantes de los talleres sobre Periodismo literario que organiza el Fondo de Cultura Económica, hay un desafío inicial desde el primer momento en que se plantea la finalidad del taller. Aquel que les pide el profesor, que se olviden de cómo escribían antes y cómo se escribirá a partir del encuentro. Y como el taller es un encuentro abierto para todos los públicos, lo primero que sorprende al maestro es que cada quién tiene una manera distinta de entender al acto de escribir. Entonces, con paciencia y buen humor, uno va enseñando el camino, los procesos, los métodos, de aquello que es el arte de contar historias usando las noticias.

Las ocho sesiones del taller obligan a que los participantes definan sus trabajos finales. Cada uno tiene que entregarme una crónica como parte culminante del curso y su respectiva evaluación. Eso es el final, les comento, pero el curso tiene un principio. Y todo comienza con el proceso de la escritura. Ese ensamble de palabras, la fricción y adherencia de dos términos para construir en el sendero iluminado de la textualidad. Y la crónica que es un género transdisciplinario, les permite a los que se aventuran a su escritura a romper con el canon tradicional de contar historias según los límites establecidos por las convenciones genéricas. Si los géneros representan normas literarias que establecen el contrato entre un escritor y un público específico, la escritura cronística, guiada por una voluntad de transgredir las normas, busca romper con tales sistemas tradicionales de regulación. Al ser un género híbrido, la crónica resulta ser un relato que desafía de manera constante de “lo viejo”.

Entonces me preguntan, no sin antes venirse con rodeos, ¿qué cosa es la escritura? Entonces les explico que el escribir es un método. Es un método que construye un sistema que plantea un orden lógico. Es ese orden que debe contener información y prosodia. ¿Prosodia? Sí, aquel requisito para que toda escritura tenga belleza y plasticidad. Escribir así es una propuesta comunicativa que impulsa un haz de significados y significantes. Un texto es, entonces, un desafío intelectual. El desafío conjuga el orden y la imaginación. El periodismo literario es el resultado de esta unidad. Una unidad que está respaldada por la gramática y que tiene como meta una buena crónica.

Una crónica no es más que una noticia contada como una historia. En el taller de Periodismo Literario se advierte que la crónica es un relato que no se parece a ninguno y que es pertinente dejar de lado los textos tradicionales de la prensa. Ciertamente, se pone énfasis en que la noticia es la materia prima de todo género periodístico. Y la noticia no es otra cosa que el hecho novedoso que resulta de interés para los usuarios de los medios de comunicación. Así, en estado puro, tiene su origen en un acontecimiento sorprendente, estremecedor, paradójico o trascendental y, sobre todo, reciente.

Lo más frecuente en una clase de crónicas es recalcar que para su elaboración se debe tener la necesidad de comunicar una noticia. Que, aparte de la información recabada, se debe contar/narrar con un conjunto de conceptos gramaticales que hacen compatible la comunicación. Que, para comunicar la idea narrativa, uno debe manejar el dominio de todas las herramientas del idioma. Y que, finalmente, es pertinente conocer y ejercitarse en un método. Ciertamente, todo ello teniendo como propósito una sola meta: tener presente al usuario/lector.

Existen casos en que el usuario/lector, sin conocer quién es el autor de una crónica, sabe por quién está escrita. Y estamos ante el imperio de un estilo. Y el estilo es aquel rasgo fundamental en un autor de crónicas. Me refiero a esa condición y talante de cada quien en lo más personal que se pueda. Una crónica, entonces, es la máxima expresión de creatividad, individualidad y capacidad de asumir riesgos que transforman las viejas ideas en aventuras poco consabidas. ¿Siempre? Siempre como forma independiente de redactar y que se desmarca de lo habitual para transmitir una originalidad difícil de conseguir por otros.

El estilo es el rasgo más firme de cada cronista, pero este debe ensamblar una unidad con el dominio de las rutinas de la era de la tecnología y el conocimiento. Por ello, la crónica sobrevive con brillantez a los nuevos retos de la comunicación digital, por ejemplo. Porque su plasticidad estética es puntual en la prensa impresa como en las plataformas más modernas de la electrónica. En ese sentido, que un texto de periodismo literario, por sus ejes conectores y amplitud de significantes, calce con aquello que prima en las nuevas tecnologías comunicativas.

Escribir una crónica supone construir un texto con gracia e ingenio. De esta forma, estamos frente a una exigencia en que el hallazgo de la información, mediante la inmersión y las pesquisas, va más allá del trabajo periodístico común. Así, una crónica escrita hoy exige una hipótesis, indagación, análisis, contrastes y otros detalles informativos que iré desarrollando. Es en ese instante en que se rompe con el sino de la prensa, aquel destino de lo perecible.

Debo recordar al poeta peruano Antonio Cisneros, quien fue un exquisito prosista y que nos dejó un libro entrañable de crónicas inmarcesibles, *El arte de envolver pescado*. Y eso, parafraseando una máxima cuando se dice que los periodistas llenan papeles que al día siguiente solo servirán para envolver pescado. Las crónicas en ese libro, precisamente, rescatan de la prensa semanal, cotidiana o rutinaria, textos que alguna vez tuvieron vigor, frescura, fuerza y validez que hoy todavía mantienen.

Finalmente, me siento orgullo de conducir a este grupo de nuevos cronistas que se inscribieron en el taller de Periodismo Literario y que ahora lo demuestran con sus textos. Y porque sabe que una crónica así es atemporal. Es, entonces, deslumbramiento y memoria para dejar huella cuando se la lea. Un cronista sabe que por intermedio de sus textos tiene que reconstruir lo real (aquello que opera en la realidad) y que estos deben articularse a una estructura narrativa que recrea los detalles y microcosmos varios. El cronista sabe del uso de la mirada del zoom que prevalece sobre la panorámica (la casuística). El cronista sabe que debe mantenerse apegado a los hechos y que, para consolidar su texto, debe disolver la obstrucción de las referencias, fusionar y diluir ambientes, caracterizar personajes y, sobre todo, conocer del uso adecuado de las metáforas (la analogía de los conceptos) para conseguir un texto rotundo de valor literario. Este es el resultado.

Historia sin Navidad

El último bocado

Andy Garay Piñarreta

Antes de morir, solo y en su silla de ruedas, don Carlos recuerda aquellos tiempos en los que comía panetón en Navidad.

Carlos Prado Neira, de 62 años, ha muerto sin comer panetón. Sentado en su silla de ruedas, con un aire de abandono y de tristeza profunda en sus ojos, don Carlos, ex profesor de universidad, hinchaba de Alianza Lima, divorciado y nuestro vecino, recibió por última vez en su sala a mi madre el miércoles 6 de enero del 2021. La había llamado por el teléfono a las nueve de la mañana, porque aún no regresaba Lorenzo, el señor que lo cuidaba, y quería que alguien le acomodase la almohada donde reposaban sus piernas hinchadas a causa de la diabetes. Mi madre, como siempre, accedió a su pedido. Solo le preguntó si la puerta estaba abierta. Ni bien escuchó un sí, ella colgó el auricular del teléfono, se colocó la mascarilla, guardó el pequeño pomo de alcohol en su bolsillo y salió de la casa. Al rato, se escuchó el sonido metálico de una reja que se abría y luego la voz de dos generaciones que se saludaban: una era jovial y alegre, la otra, en cambio, parca y lenta.

—Buenos días, don Carlos, ¿cómo está?

—Bien... bien.

La casa seguía como siempre, dice mi madre. Todo continuaba como ella lo había visto hace cinco años, desde que nos mudamos. Las mismas paredes blancas. La misma mesita en el centro de la sala sobre la que descansaban periódicos de *La Hora*, *El Tiempo* y *El Trome*. Las mismas cortinas amarillas y mohosas que colgaban detrás de las ventanas. El mismo televisor Samsung que ya no tenía todos sus botones.

Y el mismo hombre que, desde su silla de ruedas, paseaba su triste mirada por su pobre reino como si buscara algo perdido.

—Ya le acomodé la almohada, don Carlos...

—Gracias, vecina... gracias.

—¿Y cómo pasó Navidad, don Carlos? -le preguntó mi madre.

Pero don Carlos no le respondió. Se mantuvo en silencio un par de minutos. Sus ojos se habían detenido en la mesa vacía del comedor y luego observaron el rostro de mi madre, como si mirase en ella algo más que su cutis moreno, sus ojos negros y su sonrisa nerviosa. Cuando terminó de hacerlo, don Carlos se lamió sus labios y movió su pequeña cabeza blanca. Sin decir nada, cuenta mi madre, señaló la única silla de plástico para que me sentara. Yo lo hice. Entonces vi que él abrió lentamente los labios y dijo:

—Yo quería comer panetón.

Mi madre observó extrañada.

—¿No comió panetón, don Carlos?

—Nada. Yo quería panetón, ¿sabe? Yo sí quería.

Don Carlos la miraba con rostro cansado. Parecía como si hubiese repetido el mismo monólogo cada día, en los últimos días. Solo trata de imaginarlo, no es tan difícil: siempre estuvo cansado allí en su silla. “Solo nacemos para morir”, dijo alguna vez. Don Carlos ladeó la cabeza y comenzó a jugar con sus manos callosas.

—Yo imaginaba tener un panetón en la mesa. Solía haber un panetón en esa mesa, vecina. En esos tiempos terribles que eran los noventa, nunca faltó el panetón... Entonces yo no tenía esta silla. Y Carmen me amaba, y mis hijos, mis queridos hijos, estaban a mi lado, vecina. Ellos se sentaban en mi regazo y me contaban sus historias, ya sabe cómo son los niños... cómo son...

Y cuando dijo eso la voz se le quebró, dice mi madre con los ojos húmedos. Don Carlos la miró y se llevó la mano al pecho y le dijo:

—Yo era un buen padre, vecina. ¿Por qué me abandonaron? ¿Por qué lo hicieron? ¿Fue porque me divorcié de su madre? ¿Porque me casé con Vilma? ¿Por qué? ¿Por qué?

En ese momento Lorenzo regresó y yo, sin decir nada, me fui, me fui de allí, dice mi madre. Dos silenciosas lágrimas se escapan de sus ojos. Yo quiero abrazarla. Pero ella me detiene, diciéndome que está bien, estoy bien, ¿vamos? Vamos.

La casa de don Carlos sigue siendo la misma, aunque es la primera vez que veo allí a Lorenzo y a su esposa, la señora Juana. Ambos nos miran. Son los únicos que han venido a despedirse de él, dicen. ¿Nadie ha llamado? Nadie, dice Lorenzo, pasándose la mano por la frente. Pobre Carlitos, ahora descansa en paz. ¿Puedo verlo?, pregunta mi madre. Sí, responde Lorenzo, solo pase, vecina, solo pase. Mi madre avanza hacia donde está el ataúd y se queda allí por unos minutos. ¿En verdad, nadie ha llamado? Lorenzo me mira algo incómodo. Me lleva un rato afuera y me dice:

—Su hijo.

Mi madre, en casa, aún dice que don Carlos ha muerto por el panetón. Pero, después de verlo en el ataúd, pienso que ha sido la tristeza.

Un Dios perturbado

El temible GodGod

Aribel Piscoya Ramírez

La “Sala enésima” a la que se accedía mediante el servicio de mensajería denominado Telegram y creada por el autodenominado GodGod evidencia que cuando se combina la tecnología y la perversidad puede generar toda una cascada sorprendente de daños encubiertos.

De súbito cambié mi foco de atención, pasé de intentar acceder al vídeo Blood Sweet & Tears de BTS a un vídeo sobre pornografía ilegal en Corea en la plataforma YouTube. Al ingresar al vídeo me fui dando cuenta de cómo GodGod, un joven de 24 años, creador y administrador de las salas llamadas “The Nth Room” o “Sala enésima”, anunciaba que las fotos y los vídeos que se iban a mostrar en éstas se obtuvieron amenazando a mujeres y a chicas adolescentes en Internet. Me pareció algo atroz lo que hacía, ya que profundizando en el tema me enteré que para ello, se hacía pasar por un agente de la policía pidiendo contenidos provocadores y amenazando a sus víctimas con delatarlas de no cooperar. De esta manera, conseguía el material que iba a usar y clasificar en ocho salas, en donde las vendía por diversos precios. Me encontraba asombrada e impactada por ese vídeo informativo y todavía tenía mucho interés por conocer un poco más sobre este caso, debido a que en el mismo vídeo se mostraba la actitud de los mismos coreanos (quienes como un acto de denuncia querían que se viralizara ese acto ilegal), entonces comencé a buscar más vídeos y páginas en donde me podrían brindar más detalles o datos sobre la secreta y oscura “Sala enésima”. En mi búsqueda por nuevas noticias e información sobre el tema, descubrí que GodGod atraía a personas a sus diversas salas mostrándoles una parte de un vídeo en la primera sala y si ellos deseaban ver más contenido tenían que ingresar a las otras siete, por las que tenían que pagar ya que contenían diversos material visual. Dentro de estas siete salas, se visualizan a las víctimas denominadas “esclavas”, las cuales eran tratadas de una manera perversa y aterradora ya

que las hacían comportarse como animales y hasta autolesionarse. Asimismo, mostraban como abusaban de ellas entre otras cosas más. Godgod se retiró en agosto de 2019 por un tiempo y cerró siete salas pero dejó la octava a cargo de un colaborador llamado “Watchman”, quién se encargaba de administrarla y mantenerla activa. Más personajes siniestros como este fueron dándose a conocer como es el caso de Baksa, un joven de 24 años que creó una sala llamada “Gotham” en donde enseñaba material visual con la misma temática que la de GodGod, pero a diferencia del anteriormente mencionado, la sala de Baksa no contaba con adelantos de los materiales pornográficos sino que se tenía que pagar para poder verlos y también en esa sala se podía dejar comentarios en simultáneo, cosa que no se podía hacer en las ochos salas de GodGod ya que se tenía que ir a otras cuatro salas aparte para recién dejar sus desagradables y ofensivas opiniones. Otra forma de cazar víctimas que empleaba Baksa era el de publicar en las redes sociales un aviso en el que se requería de modelos, ofreciendo un pago bastante alto. Las víctimas al ver ese anuncio, se comunicaban con él y éste les remitía un enlace en el que tenían que registrarse, pero al registrar sus datos personales, Baksa lograban hackearlas y conseguir toda su información personal, así Baksa lograba control sobre estas chicas. Él no trabajaba solo ya que tenía un equipo de colaboradores, entre ellos había un empleado público, que le conseguía datos e información confidencial de las víctimas. Este siniestro caso “The Nth Room” se comenzó a investigar a nivel policial debido a que un grupo de jóvenes universitarias se ocuparon de recolectar información y pruebas sobre éste para poder hacer la denuncia. La policía empezó a investigar este tema en septiembre de 2019 y para marzo de 2020, ya tenían conformado un equipo especial dedicado a investigar este escabroso hecho. El 16 de marzo Baksa es capturado y el 24 de marzo,

el caso se hizo público gracias a la presión de la opinión pública coreana que se encontraba indignada con todo lo que implicaba el tema de las salas. De esta manera, las autoridades deciden dar a conocer la identidad de Bak-sa, quién resultó llamarse Cho Joo Bin. Quién intentó lastimarse golpeándose la cabeza, por eso cuando dieron a conocer su rostro este lucía con un collarín y una venda en la cabeza. Cho Joo Bin ya era un conocido especialista en fraudes, venta de drogas y armas entre otros actos delictivos. Como corolario de estos hechos GodGod fue capturado el 9 de mayo de 2020 por la policía de Andong y acusado de ser el autor intelectual de una red de explotación sexual de alto perfil y también se dio a conocer su identidad, él es Moon Hyung-Wook un estudiante universitario. Está truculenta historia que llegó a mí de manera casual, me permitió reflexionar, sobre cómo jóvenes con talento (habilidades tecnológicas y de gestión) pueden hacer uso de éste para un propósito tan vil como el de usar y manipular personas para lucrar con ellas y además disfrutarlo. En ellos se puede ver la relación entre tecnología y deshumanización, ya que ni siquiera consideraron el trauma en el que dejaban a sus víctimas a las cuales no la contemplaban como seres humanos sino como ellos mismos las denominaban “esclavas”.

Un ladrido inolvidable:
Scobby es arequipeño

Ben Ancco

Un perro callejero con pinta de revolucionario conquistó a ricos y pobres por su amistad, carisma, y olfato. Fue capaz de ser respetado por toda la población mistiana. Su muerte conmocionó a sus amigos. Ladridos y llantos fueron de un adiós en tiempos de pandemia.

Scobby, de 14 años, el más querido y odiado de la ciudad. Este perro era el terror de ladrones, borrachos y drogadictos. Correteaba a punta de ladridos a personas sumergidos en el alcohol y las drogas. El can, era el vigilante del parque universitario, lugar de paso de estudiantes agustinos. La zona rodeada de árboles y sillas viejas, tenebrosas y desoladas en las noches. Scooby hacía temblar los miedos ocultos de los jóvenes. Un día de estos, los estudiantes comentaban sobre un perro marrón. Un perro gigante de color marrón con mancha blanca en el pecho y varios cortes, productos de sus enfrentamientos por la libertad.

Sonia Choque Martínez, filósofa, trabajadora administrativa de la UNSA, va en busca del terror de los estudiantes. Ella sin temor y miedo va conquistando al can marrón. La comida, galletas con armas para enamorar a cualquier hambriento. El galgo es adoptado por ella en la casa agustina. Su morada rodeada de pabellones, alumnos, docentes y un sinfín de gente desconocido por él.

Las cátedras elevaron tu conciencia de clase. Es así que sale del anonimato. Las huelgas y protestas estudiantiles fueron el bastión de muchas luchas, donde tú eras el protagonista. Bombos, cohetones agitaban tus ladridos para salir corriendo en busca de la gente. Siempre ubicabas a los protestantes y te ubicabas delante de ellos enfrentando a los policías y sumergido en gases que te privaban de tu libertad.

Recuerdo que en una de esas luchas callejeras. Gritos –scooby- scooby- scooby- retumbaban en las calles. Eran tus hinchas que exclamaban tu llegada al club deportivo melgar. Fuiste adoptado como la mascota de un campeón. Eso te permitió tener acceso gratis a todos los encuentros. Al finalizar de un partido por la Copa libertadores fuiste acuchillado. 10 centímetros de largo y 4 centímetros de profundidad marcaron tu dolor. Como todo un valiente te recuperaste, desde ese momento, tu madre te prohibió ir al estadio.

Gordo, empezó tu fama. La calle Independencia, Mercaderes y la Plaza 15 de agosto eran tus espacios de caminata y descanso. Ese cariño fue demostrado con mucha comida de la calle: pollos broaster, anticuchos, panes, etc. La comida de tus fans fue matándote lentamente.

Llegado la pandemia, tu madre te dedico tiempo y te dio cariño. El encierro a muchos nos enfermó. En las calles y aulas ya no estaban tus amigos, esa soledad te mató. El 30 de enero de 2021 te quedaste dormido para nunca despertar. Los medios de comunicación hicieron tendencia tu partida. Saludos, despedidas, llantos marcaron un adiós. Autoridades, instituciones públicas y privadas enviaron mensajes que demuestran el cariño que te ganaste.

Tu urna reposa al frente de la biblioteca y al costado de la facultad de ingeniería civil. El 4 de febrero de 2021 te hicieron un homenaje póstumo, en ese momento las aves, hacen el coro de una despedida anunciada. Tus amigos perrunos: Rolando, el Cojo, Benito, el Chato, Negrito, Canela, Dudú, Zapatitos, Huguito, Dino, Lalo y tu hijo Rex, aúllan tu destierro.

Tu madre Sonia en llanto exclamo -Te voy a extrañar hijo querido, cuidaré a tu hijo Rex. El llanto por tu descanso recién inicia. Tus amigos del bicentenario pronto te darán buenas noticias.

Perfiles andinos

Un fémur roto en el pasaje Bolognesi

Chico Gaitero

*“Si conociéramos el verdadero fondo de todo
tendríamos compasión hasta de las estrellas”
(Graham Greene, 1904-1991)*

Mi adicción a la curiosidad no conoce límites. De camino a mi cita, en el centro, atravieso el pasaje Francisco Bolognesi y, mientras lo hago, no consigo recordar una sola ciudad en donde yo haya estado que, en algún rincón de su aparente regularidad no te plante de pronto frente a un enigma. Esa es al menos la sacudida que, desde hace años, me produce transitar por este pasaje. Podría incluso retar a cualquiera que se atreva a intentarlo, pongamos a las diez de la noche, a que no conseguirá hacerlo sin sentirse forzado a acelerar el paso o a frenarlo intempestivamente.

Entre las rarezas que despliega este recóndito apéndice urbano, destaca por méritos propios un conjunto de casas que, como si hubieran sido succionadas desde el interior de la tierra, se asoman a la vía principal como desfondadas. Una de ellas, ubicada en el número 193, me ha llamado siempre la atención, ya que tiene su puerta enterrada a casi un metro de la acera, desatando mi inmediata empatía con sus moradores por el esfuerzo que deben hacer para salir diariamente a la superficie.

Pasados veinte minutos de una caminata que, al contrastar con otras ciudades, bien pudiera pasar por deporte de riesgo, me encuentro con mi interlocutora en la Plaza de Armas. A Irina Santos la conocí hace un mes como vendedora ambulante, junto a su inseparable hermana que empuja su silla de ruedas y quien, no bien acaba de decir su nombre, me sumerge en una perplejidad tal que, por unos instantes, me devuelve al pasaje Bolognesi.

-También soy Irina... Santos --y notando mi desconcierto, añade--; somos hermanas de padre --como quien está segura de que con eso consiga devolverme el sosiego inicial--.

Al cabo de diez minutos más y luego de saludar a algunos ambulantes extranjeros que encontramos a nuestro paso, localizamos una cafetería en donde refugiarnos de esa acústica retorcida y resonante con la cual los tres jircas castigan a los descendientes de los caballeros del León a despecho de ocupar el otrora apacible valle del famoso Pillco quien, para más inri, se le ha visto encaramado en uno de los cerros cercanos en actitud jactanciosa e indolente ante el caos reinante aquí abajo.

Café de por medio, comenzamos una conversación que, con el paso de los minutos, va desprendiéndose de su trivialidad inicial y entonces Irina me comparte su “pasión”, según ella hasta el punto de hacerle llorar, por las películas románticas, por las baladas de la música andina y, en particular, por la danza de Tobas.

Mientras me va relatando, empiezo a encontrar en ella --aunque no en su hermana--, señales de algo que creo haber visto anteriormente en otros pobladores amazónicos cuando llegan a zonas andinas: pueden estar muriéndose de frío, pero nunca renuncian a su tropicalidad en el vestir. Percibo también en ella un lugar común entre los jóvenes del medio rural, quienes centran su experiencia en las ciudades que han visitado mientras rehúsan mencionar el nombre del pueblito en donde han crecido. Entonces, con una temeridad que algún día habrá de traerme un serio disgusto, no sé bien aprovechando qué comentario suyo, le suelo: “tú eres charapa Irina; anda, cuéntame tu historia”.

Instantáneamente y mostrando ese aplomo del que saben hacer gala los paisanos selváticos, me confirma que nació en el Alto Huallaga durante el tiempo en el que el narcotráfico y el terrorismo aún lo hacían merecer el apelativo de “zona roja”. A continuación, comenzó a encadenar un relato con ese dejo melodioso y oscilante con el cual los ribereños amazónicos parecieran mimetizar su dialecto con el parsimonioso curso de los ríos, que trataré de reproducir aquí con la mayor fidelidad y detalle que sea capaz de reunir.

“El año pasado recién cumplí 18 años, pero mi vida es larga porque sufrí bastante desde pequeña. Cuando tenía 15 días de nacida mi mamá me abandonó..., por mi discapacidad. Por lo visto había tratado de abortarme, pero gracias a Dios solo me topó las piernas y, nací sin ellas. Pero mi papá siempre se ha hecho cargo de mí y aunque en la selva la economía es baja, solía plantar yuca, plátano, también coca, y a pesar de la dificultad, nunca me ha hecho faltar comida ni estudio; por eso es que le quiero demasiado”.

“Con 3 o 4 años yo ya quería ir al colegio, pero cuando entré a primer grado me volví ociosa y, además, recién me di cuenta que no podía hacer todo igual que los otros alumnitos. Desde ese momento mi papá me dio disciplina y aunque me faltó bastante juego y hubo alguna que otra cachetada, conseguí acabar la primaria. Yo no quería hacer la secundaria porque me decía: «se van a burlar de mí»; pero una vez más, mi papá me animó bastante y aunque al inicio se hicieron unos comentarios, pronto me aceptaron y nos adaptamos. Pero cuando tenía 15 años, “por x motivos”, se lo llevaron a la cárcel y, ahí sí, mi vida se volvió un infierno. Tenía familia: abuela, mamá, tías y primas, pero nadie ha mirado por mí”.

“Mi mamá y mi abuela tenían un restaurante frente al Colegio, pero yo era más bien como un extraño para ellas. Entonces, un día viene mi abuela a por mí, prometiéndome que me llevaría a visitarle a mi papá e insistiendo que si no iba con ella me iban a llevar donde están los niños abandonados. Pero, al poco tiempo comenzaron a reprocharme por no trabajar lo suficiente en el restaurante y a pegarme. Incluso llegaba un hombre de fuera de la familia y me decía cosas feas, y ellas lo permitían. Así fue que comencé a tener rojos en la libreta de calificaciones y, por último, me escapé”.

“De allí me fui a la casa de mi tía, la hermana de mi papá, y pasó lo mismo. Al principio bien, pero después vinieron las críticas de que yo era ociosa e incluso mi propia tía se burló de mi discapacidad; de modo que me fui a mi casa donde estaba tranquila, aunque no tenía qué comer. Tenía una madrastra, pero solo venía a descansar; hasta que un día agarró las cosas de mi papá, se amistó con su esposo y se fue. Yo conseguía 200 soles cada dos meses de

un programa social llamado "Juntos", eso me ayudó bastante, pero no era suficiente y tuve que acudir a los vecinos para que me apoyaran cuando estaba de hambre”.

“Por suerte, he tenido buenos amigos. Pamela, por ejemplo, me apoyaba en mis copias o me invitaba a comer cuando era la hora del receso. Con mucho esfuerzo, pude terminar la secundaria, vendiendo caramelitos y chocolates en el colegio; pero cuando llegó la promoción no conseguí viajar a Tarapoto con todos mis compañeros ya que solo alcancé a reunir 200 soles y el viaje costaba 400. Entonces fue otra amiga la que me enseñó a perder el miedo a vender ya al público”.

“Al pasar un año de que me dejó, recién pude ir a visitar a mi papá al penal de Potracancha; y fue él quien me aconsejó contactar por el Facebook con mi hermana Irina. Lo hice y, por último, me vine a vivir a Huánuco con esta nueva familia de la cual yo no tenía noticias con anterioridad”.

“Ahora estoy intentando hacer un dinero “honestamente” para poder estudiar en la universidad, pero aún no he conseguido tener mis documentos de la discapacidad, de ser de bajos recursos y el certificado de víctima del terrorismo, para poder ingresar con algo de apoyo. Mi hermana me ayuda con la silla de ruedas, compramos al por mayor y cada día salimos a vender por el centro de la ciudad. Hemos estado probando con refrescos, con habitas, manís y, finalmente, con golosinas; pero apenas me alcanza para pagar los gastos del cuarto, los servicios y ahorrar siquiera un tantito. Mi papá a veces me llama, pero corre el riesgo de que le aumenten la pena; así que, para no tener problemas, hemos preferido estar sin comunicación durante la cuarentena. Por lo menos ahora tengo una mascota, Goida, y con ella veo lo difícil que es tener familia”.

“En fin; a veces cuando estoy triste, con ira o feliz, me acuerdo de todo. Antes me dejaba dominar, era muy callada, pero conocí a un buen amigo que me explicó que las cosas no son así; no todo es disciplina ni dejarte humillar. Y bueno, ahora me desenvuelvo bien y cualquier persona que me diga algo le pongo su pare al toque. Si yo le contara...”

En realidad, no hacía falta contar más. Bastó con esa hora de feroz sinceridad para sacarme de una vez por todas ese perfume de proeza con la que se sigue glorificando este universo de precariedad cotidiana en la que millones de trabajadores informales tratan de sobrevivir diariamente en este país bajo la única consigna de “sálvese quien pueda”.

Esta joven, sometida a una orfandad creciente y a mudanzas permanentes, ha aprendido no obstante a sortear la tormenta venciendo la inmovilidad con la ilusión de la danza y la falta de amor con la pasión de lo romántico. Más aún, su verdadera proeza ha sido saber encontrar la solidaridad entre algunos de sus semejantes en un tiempo en que las instituciones se han convertido en meros algoritmos de la desafección.

Con todo, cuando nos despedimos, apenas atino a desearle éxito en sus proyectos y prometo apoyarle con los certificados para entrar en la universidad. Entonces, apenas me vuelvo, me viene a la cabeza que fue precisamente en una universidad en donde le preguntaron a la antropóloga Margaret Mead por el primer signo de civilización que se tenga conocimiento y esta, contraviniendo la costumbre de reservar las llaves del desarrollo humano a los descubrimientos tecnológicos, se valió del hallazgo arqueológico de un fémur fracturado y cicatrizado, con quince mil años de antigüedad, como demostración de que alguien, por primera vez, cuidó entonces al herido hasta que aquel se sanó.

En fin, no cabe duda de que aquella bien puede pasar por la primera evidencia de un lazo social basado en los valores de la empatía y la solidaridad entre iguales que se reconocen como tales y se protegen recíprocamente, especialmente en situaciones de vulnerabilidad, y sobre los cuales se han levantado todas esas instituciones sociales que hoy denominamos civilización humana. Pero no es menos cierto que la protección que esta adolescente pudiera tener de la comunidad en la que vive se ha vuelto a día de hoy, “por x motivos”, ilusoria y regresiva.

De pronto me doy cuenta que estoy nuevamente frente al 193 del pasaje Bolognesi. Pese a la hora, el arrojito de Irina me infunde algo de brío; de modo que me acerco a la puerta, pego mi oreja a la chapa y, tras el silencio inicial, se distingue, muy al fondo, el inconfundible sonido de una música andina mientras se siente girar y girar una silla de ruedas.

El Aeropuesto de Chinchero:

La promesa destinada al vacío

David Andrés Mayorga

“Chinchero es un paraíso, es totalmente distinto a lo que es vivir en una ciudad”.

El viaje es breve. Entre montañas y breves hondonadas se encuentra Chinchero, un pueblito que fue fundado durante el imperio Incaico y sirvió como locación para los palacios del Inca Tupac Yupanqui y que posteriormente fue el lugar del conflicto entre Mateo Pumakawa y Túpac Amaru II.

Es un pequeño paraiso. Cobijado por la Cordillera de Los Andes, su cielo de tres colores se refleja en la laguna de Piuray, las nubes se recuestan en los picos de aquellas montañas que dan paso al pueblo que yace bajo su seno. Al rodear los pilares de roca imperecedera, pareciera que nos movemos dentro de un mundo flotante y que al final del día llegará a un horizonte diferente.

El auto me deja a unos metros de la Plaza de Armas, arrastro los pies mientras veo como la carretera principal que corta en dos al pueblo, se encuentra desierta. Es terrible lo que la pandemia le ha hecho a Chinchero, los negocios se mantienen abiertos y los restos arqueológicos hablan en su lenguaje de piedra, buscando atraer a turistas que ayuden a detener la crisis, pero de lo que eran cientos hace un par de años, ahora no se ve a casi ninguno.

Hace tan solo un par de años, el lugar era uno de los principales atractivos turísticos del Valle Sagrado de los Incas, sin embargo ahora, la otra pandemia, esa del silencio imperante, se apodera de cada esquina. Primero la enfermedad, ahora la reapertura de una vieja herida

En enero de este año, el Ministro de Transportes y Comunicaciones, el Dr. Eduardo Gonzales aseguró ante la prensa que en febrero se retomarán las construcciones y que para mitad de año, dejaría listo el contrato para la ejecución del Aeropuerto de Chinchero.

Es difícil definir exactamente qué “es” este aeropuerto, bien podría ser un proyecto truncado, una ilusión que es revivida periódicamente por los gobernantes de turno, el anhelo de un pueblo que no encuentra respuesta, o una promesa fallida que se remonta a hace más de 40 años. Confluyen tantos elementos que requiere tiempo esbozar algo concreto.

Es por eso que busco a Alfredo Aucutupa, dirigente comunal de Yanacona, una de las comunidades más grandes de Chinchero y la que se vería más afectada en el caso de la construcción. Migra al Cusco para estudiar en la UNSAAC, una de las Universidades más importantes del sur peruano, pero finalmente vuelve a su comunidad el 2006; una vez ya empadronado, empieza a participar activamente en la gestión de la comunidad. A partir del 2013 hasta el 2015 es elegido como secretario del sector de Olones y desde entonces busca involucrarse totalmente sobre el dilema del aeropuerto, del 2014 al 2015 es secretario de la comunidad de Yanacona, 2019 y 2020 presidente de toda la comunidad.

En su rostro se notan las huellas que el sacrificio impregna en aquellos que se convierten líderes de las causas que defienden.

Se acerca a mí y me comenta que sale de una asamblea con el dirigente actual de la comunidad y el alcalde, en la que se discutía -cómo no- sobre el aeropuerto. Caminando por la plaza de Chinchero, me empieza a contar a historia: -Este es un proceso de hace 40 años, cuando aún yo era niño, pero recién empieza con fuerza el 2011. Se expropia casi 400 hectáreas y la comunidad de Yanacona recibe 189 millones de soles, puesto que sus tierras se verían afectadas en un 80%- me dice.

En sus palabras se escucha la convicción con la que actúan las personas seguras de luchar por algo justo. Y no le falta razón, pues los rumores de la construcción se remontan desde hace años, y el no haber tenido resultados

concretos durante todo este tiempo, hace crecer en él una indignación que se delata a través de sus expresiones y diálogos.

-¿Sabes quienes se oponen? Todas esas transnacionales del turismo con sede en Lima.

Escucho atento hasta el final de sus palabras, y a pesar de que ya ha hablado extensamente conmigo, cruzamos la plaza y pide a los otros dirigentes que me reúnan con el alcalde. Este hombre, que apenas conozco hace unos cuantos minutos, consigue que en muy poco tiempo logre acercarme a la autoridad que dirige Chinchero.

Las nubes han ocultado el azul que inunda los cielos del pueblo, se avecina una tormenta particularmente intensa, debido a que siempre en estas fechas, -inicios de año- es normal que las precipitaciones pluviales tengan esa fuerza. Y mientras algunas gotas ya se deslizan por el aire, ingreso al auditorio de la municipalidad, en la que todos los dirigentes comunales se encuentran con el alcalde.

-¡Debemos mantenernos unidos, compañeros! Es por obra de las transnacionales que no vemos realizada la obra del aeropuerto-, exclama uno de ellos.

Discuten sobre las demandas de amparo presentadas hace solo unos días por la Asociación Civil “Unión Ciudadana por la Defensa y la Valoración del Patrimonio Cultural y del Ambiente”. Estudian una respuesta y un pronunciamiento sobre este acontecimiento.

El alcalde Héctor Cusicuna se encuentra al centro de la mesa del grupo de autoridades que dirigen la reunión; sereno, escucha las exigencias del dirigente y responde bajo la misma clave: Que hará prevalecer los derechos del pueblo de Chinchero, y que ninguna autoridad u organización los hará retroceder en los logros que han obtenido hasta ahora.

-Todas las comunidades están de acuerdo en que se construya. Se ha hablado con el Ministerio de transportes, Vivienda y construcción, asimismo con el de Cultura y el de Educación para la ejecución otros proyectos en paralelo al del aeropuerto”- me dice el alcalde Héctor en su despacho después de que la asamblea concluye.

Lo menciona dando a entender que, con la construcción de este proyecto, una avalancha de progreso cubrirá a todo el pueblo. Le replico qué hay muchas acusaciones de destrucción de patrimonio arqueológico, sobre la construcción en los terrenos destinados, pero él asegura que no se ha encontrado ningún vestigio de esa naturaleza.

-Desde que soy niño hasta ahora que soy alcalde no se ha encontrado nada”- atina a decir con una seguridad que me sorprende, que incluso me interpela. En ese punto coincide con Alfredo, quien también asegura no haber encontrado ningún resto arqueológico en todo el tiempo que fue secretario y dirigente comunidad de Yanacóna. Afirma incluso que se hizo una consultoría a arqueólogos en agosto de 2020 para el estudio de calicatas, y que en esas investigaciones no se habrían encontrado ningún resto arqueológico.

-A no ser que lo tengan escondido-, termina por mencionar Alfredo. Ambos son personajes que han dedicado años a la defensa de la construcción de Chinchero, el compromiso se hace evidente, la lucha es una cruz que comparten y de la que se sienten orgullosos de portar. Y como no podía ser de otra forma, conciben los mismos enemigos que según ellos, son los que impiden el avance del proyecto: aerolíneas (en especial LATAM, debido a su origen chileno), cadenas de hoteles y todas aquellas transnacionales que se vean beneficiados con la red turística que obliga a los extranjeros a desembarcar en Lima y no Cusco, y que son las que se oponen, puesto que implicaría una pérdida millonaria que el flujo de turistas no llegue a la capital.

No es una hipótesis necesariamente ilógica, pues el centralismo ejercido por décadas, donde la única ciudad con verdaderas posibilidades de desarrollo es la capital, acentuado por el descontento de una promesa que cada vez parece más una burla, generan reacciones como las de Alfredo y el alcalde.

Pero ¿acaso es prudente reducir la complejidad del problema, solo para hacerlo más fácil? ¿Realmente estamos ante una conspiración? ¿Todos aquellos arqueólogos, historiadores y abogados se encuentran realmente equivocados?

Me dirijo a las calles que terminarán por llevarme a la plaza de Chinchero, donde se encuentra el Templo típico de la ciudad y que fue edificado encima de los muros de piedra del palacio de Túpac Yupanqui. En la explanada, el mercado tradicional de los domingos por la mañana se celebraba amablemente y en el que aún prevalecía el trueque, pero todo esto era antes de la pandemia.

Elizabeth vive en una de esas calles y maneja una tienda de artesanías y textiles, la abre todos los días y espera a los turistas para ofrecer los productos, sin embargo, el camino empedrado no es sendero de nadie que vaya a visitar la cultura de Chinchero. Su semblante denota preocupación, pues la cuarentena la ha sumido en una situación difícil, pero a pesar de ello, tiene claro el dilema que implica el proyecto más importante del lugar en el que vive hace más de 24 años.

-Yo lo veo por ambos lados -dice Elizabeth-, viéndolo por el lado económico nos conviene, sí. Pero va a cambiar todo, el tema de la naturaleza nos va a impactar, no nos ayuda en nada. Si estuviera en mis manos, no lo haría, porque lo que ella nos ofrece, no tiene precio. A pesar de la crisis económica no creo que debiera hacerse, porque hay muchos lugares en los que podría construirse el aeropuerto. Incluso, más adelante la naturaleza misma nos va a generar economía, la naturaleza es una mina de oro porque vivir acá es un paraíso, es muy distinto a vivir en la ciudad.

Así como Elizabeth, hay todo un movimiento que se ha opuesto a la construcción del aeropuerto de Chinchero, aduciendo que carece de todo sustento técnico ambiental, patrimonial y aeronáutico. Natalia Majluf, historiadora de arte y referente académico internacional, es una de las principales opositoras y ha logrado llamar la atención mediática sobre el dilema de la construcción del aeropuerto. Tal ha sido la repercusión que consiguió que la ONU exprese su preocupación al Estado Peruano sobre este proyecto, y que la World Monuments Fund consignara como patrimonio en peligro a Chinchero y al Valle Sagrado de los Incas.

Días después consultaría con Moira Silva, arqueóloga con años de experiencia en la gestión pública del patrimonio cultural, sobre las repercusiones de una construcción tan gigantesca.

-El primer aspecto que preocupa es el crecimiento territorial totalmente desordenado, desconozco si es que la Municipalidad tiene planificada de forma adecuada este crecimiento- me comenta.

Pero tal vez el punto más importante que desarrolla es el concepto de paisaje cultural, que es la obra combinada de la naturaleza con el hombre, y la cual ilustra la evolución de la sociedad de los asentamientos humanos en el transcurso del tiempo, bajo la influencia de las restricciones físicas del entorno.

La protección de los paisajes culturales es útil en tanto se busca garantizar la diversidad cultural y natural, es a través de esta figura que se busca proteger los maravillosos paisajes de todo el Valle Sagrado de los Incas, lo que comprende también al pueblo de Chinchero.

Escucho a Moira y puedo sentir el mismo compromiso de defender una causa justa, tal como Alfredo y el alcalde.

El problema se amplifica entonces, ya no estamos solamente ante la protección de posibles restos arqueológicos, sino ante un concepto más universal que reúne tanto a los elementos de la naturaleza, así como la obra del hombre mismo. Se busca proteger imágenes que despiertan emociones evocadoras, y que atraviesan el pecho de los hombres.

Salgo del pueblo y me dirijo a las gigantescas extensiones de los terrenos destinados a la construcción del aeropuerto, pero cuando llego un vigilante me detiene abruptamente “solo se permite el ingreso a comuneros, exclusivamente para tránsito y nada más”. No busco ocasionar un conflicto, así que regreso por donde vine. Y mientras camino el cielo vuelve a cerrarse y la lluvia amenaza con cubrir todo el páramo. Es fácil comprender esa defensa de lo natural cuando uno recorre las pampas de Chinchero, pues su cielo, parecido a un fresco en movimiento, evoca una suerte de sinestesia, en la que se puede sentir los miles de colores de la hondonada, al mismo tiempo que se escucha el respiro de todos los seres que componen el lienzo mayor que es Chinchero.

Es fácil entender a la otra parte, cuando estás inundado de esa belleza que buscan preservar. Pero ¿y las expectativas de las personas que viven todos los días en este lugar? ¿Dónde quedan las esperanzas construidas hace más de cuatro décadas? ¿Son ellos los responsables de este desencanto continuo? Por supuesto que no, pero la ilusión de todo un pueblo consagrada en sus dirigentes, no desaparece de la noche a la mañana. Una promesa hecha hace 40 años no deja de latir en el pecho de un segundo a otro, mucho menos si es que ha visto avances recientes.

El conflicto en Chinchero condensa una costumbre arraigada hace años, y que es endémica en todo el país: la falta de un consenso entre desarrollo y preservación. Es un dilema que destruye la visión conciliadora y desemboca finalmente en posiciones donde solo se admite la superioridad del uno sobre el otro.

Esa contradicción existe.

-“Por el futuro de las personas que se han visto afectadas económicamente por la pandemia , yo sí sacrificaría el medio ambiente y el legado cultural, no lo haría si es que estuviéramos trabajando como siempre”- me dice Miriam, antes de dejar Chinchero. -“Pero en este mismo momento, donde las personas ni siquiera tienen que comer, yo sí lo haría”. Miriam es otra vendedora como Elizabeth, pero ella también tiene las cosas claras, desde otra perspectiva.

¿Qué hacer? Los dirigentes ya han tomado una decisión y no parece que vayan a retroceder. La duda sobre si desaparecerá la belleza del pueblo al pie de Piuray, es una que no se puede resolver ahora. La realidad de ahora es incierta, pero corresponde al alcalde y los dirigentes de Chinchero, asumir las consecuencias de sus actos, sean las que sean.

Epílogo

Según el Ministerio de Transportes, las obras se reanudarían el mes de febrero (2021) y que todo quedará listo para que el siguiente gobierno firme definitivamente el contrato con el consorcio Korea Airports. Corp. (KAC), sin embargo, hasta la fecha no se ha publicado el Estudio de Impacto Patrimonial solicitado por UNESCO y los estudios técnicos del proyecto, así como su financiamiento, están muy cuestionados.

Vida de perros

Juanito, la historia de miles

Gressia Victoria Valenzuela Támara

Mientras la pandemia provocada por la COVID-19 sigue enlutando al país, en las calles, los perros sin hogar continúan siendo las víctimas mortales del virus de la indiferencia.

Juanito, un perro de raza mixta, llega al mostrador, con los ojos tristes ruega que le entreguen comida o amor. Su mejor arma es su noble corazón, y su único delito es haber nacido dentro de una jungla de cemento que no lo ve y que mucho menos lo siente.

Juanito es un perro con calle, no porque sea el más bravo del barrio o porque ejerza el control de toda una jauría, lo es, porque sus padres, sus cinco hermanos y él, nacieron en la vía pública, y después de diez años, ya forma parte indiscutible de ella.

Hablar de este can es hablar de noches frías, de soledad y hambre. Desde que nació, siempre fue víctima de violencia, de desprecio y del corazón inhumano de un conductor que le quitó la posibilidad de caminar con normalidad. Quien no contento con ello, bajó del automóvil, no para auxiliarlo o conmovirse de los huesos rotos o de los aullidos de dolor, sino para levantarlo y como si se tratase de una bolsa de basura alejarlo de la pista para continuar su camino. Desde entonces, Juanito, arrastra una de sus patas, como si fuera una cruz que llevará a cuestas toda su vida como símbolo de un pecado que jamás cometió. Es el primer domingo de la segunda cuarentena en el Perú. Es toque de queda y en la ausencia de ruido y del gentío habitual, lo veo, está sentado debajo de un árbol, viendo a la nada, soñando quizá con esa familia que jamás tuvo, tal vez se imagina dentro de una casa, recibiendo el abrazo de un niño que juega con él sin importarle sus limitaciones o que no sea de raza. Juanito sueña y quizá sea el momento más alegre de su vida. Inclina la cabeza, se recuesta, cierra los ojos, se sumerge profundamente en el sueño que espera se haga

realidad. Aún no quiere morir, a pesar de las tristezas y del dolor, se aferra a la vida, anhela ser llamado para dar felicidad, y es que es tan gentil su corazón que no piensa en él, sino en la dicha que puede provocar a los demás. Juanito nunca más despertó.

Juanito, es uno de los miles de perros callejeros que sufren con mayor intensidad las consecuencias de la COVID-19. Criaturas indefensas que pasan su vida transitando sin descanso, sin destino, sin hogar. Transeúntes de idas y venidas, seres invisibles cuya presencia ha sido relegada por la mayoría de la población. Antes de la pandemia, ellos recorrían colegios, restaurantes, parques y mercados, lugares en los que podían encontrar alimentos y un poco de cariño, pero debido al aislamiento social obligatorio, hay días en los que no encuentran algo que comer. Ladran pidiendo ayuda, pero no los escuchamos y es que estamos encerrados en nuestra propia vida, nuestros barrotos de banalidades que nos llevan a buscar nuestra propia satisfacción, sin pensar por un solo instante en ellos; a veces los vemos en la calle, se nos conmueve el corazón, pero no somos capaces de hacer algo y nos sentimos humanos con solo compadecerlos, justificando de esa manera nuestra pseudo nobleza. En nuestro país existen más de seis millones de perros abandonados y muy pocos de ellos están en albergues, Juanito jamás conoció uno. Estos espacios buscan darles un techo, alimentación, salud y el cariño que siempre les fue negado; pero lastimosamente estas entidades también han sido golpeadas por el brote del coronavirus. Sus ingresos económicos han disminuido radicalmente y a consecuencia de ello, se han visto privados de recibir a más perritos, es así, que estas instituciones sin fines de lucro se encuentran desesperadas al no poder brindarles la calidad de vida que los canes a su cargo se merecen. Durante los últimos años, muchas personas, en su mayoría jóvenes, han venido formando parte de asociaciones de animalistas dedicadas a buscar un hogar temporal o definitivo para los perros que viven en la calle, además, son ellos los que realizan colectas y recorren las principales avenidas de la ciudad, para llevarles croquetas, agua y ponerles abrigos con el lema “Yo también tengo frío”. A esta iniciativa se suman algunas municipalidades, las cuales fomentan campañas de esterilización, que en la mayoría de casos, solo llegan a los perros que tienen dueños.

No solo es el hambre o el frío el peor enemigo de Juanito o de muchos como él, sino también la violencia que cometen contra ellos provocándoles incluso la muerte. Nuestro Código Penal, en su artículo 206-A sanciona este tipo de actos hasta con cinco años de pena privativa de la libertad, días-multa e inhabilitación; pero parece que nos mofamos en las leyes y sencillamente excusamos los actos como nimiedades, como si la vida de un animal no valiera la pena.

La pandemia nos afectó a todos y si lo pensamos bien, son ellos, los perros callejeros, los que están batallando por años contra un virus que los va consumiendo poco a poco, son ellos los que se encuentran en UCI a la espera de la vacuna contra la indiferencia. Abramos el corazón y si por nuestro cotidiano transitar, vemos a un perro, pensemos que quizá tenga el mismo final que Juanito, cumplamos su sueño, brindémosle un hogar, quizá somos nosotros la familia que por muchos años esperó, para que ellos no continúen siendo las víctimas del virus de tu abandono.

Historias sin límites

La fortaleza de un campeón

Rosa María Peña

Siempre luchó por sus sueños sin importar el renunciar a una parte de su cuerpo. Ayne Vela, tuvo que tomar una gran y valiente decisión que le cambiaría la vida por completo. Una crónica de superación y lucha para ganarle a la existencia y llegar a ser un campeón.

Ayne Vela Rengifo tiene 23 años y es natural de Pucallpa y hace un año radica en Lima. Esa mañana llegó puntual como todos los días a realizar sus prácticas deportivas en la pista atlética de la Escuela Militar de Chorrillos. Y ya estaba cambiado y con ropa deportiva para poder lanzar la bala. Fue a paso ligero a pedir el artefacto y regreso jugando, meciendo de una mano a otra, los siete kilos doscientos sesenta gramos de acero sólido dibujados en una bala de cañón que tanto le apasionan.

Ayne, es un joven alegre y siempre le sonríe a la vida. Su madre Emma, a los seis meses de embarazo recibió una angustiante e ineludible noticia:

-Su proceso de gestación ya está muy avanzado, tienes que ser fuerte, va a nacer enfermo- le dijo el médico tratante con una mezcla de vaticinio y consuelo.

-Pero mi mama Emmita no se rindió- cual soliloquio con tono muy orgulloso siempre recuerda Ayne.

A los dos días de haber nacido lo evacuaron a Lima para ser operado cumpliéndose el diagnóstico clínico como una profecía. La malformación de una de sus extremidades inferiores bajo la rodilla era notoria. En su pierna derecha se focalizaba un “pie de bot”.

Desde esa vez su tratamiento fue de permanente ida y vuelta entre Pucallpa y Lima. Así fue creciendo de sala en sala de cirugía. Además, sus dolores eran la continuación de su vida mientras llegaba a la adolescencia. Así también se convenció que estar bien y estar postrado significaban lo mismo.

Su optimismo también obedecía a ese ritmo. Salía a jugar y compartir con sus amigos la pichanga de fulbito –cuando podía escaparse de los cuidados de su madre y tías– pero las veces que le tocaba celebrar o pelear por el resultado, volvía a su abrupta realidad de sufrimiento y dolor.

Intentó estudiar y trabajar como todo joven. Aspiraba a ganarse la vida. Pero las constantes y fluctuantes infecciones e hinchazones ahondaron su gravedad. Era evidente que el abultamiento llegaba hasta la rodilla y su piel variaba de un color de tono rosa a rojizo o de rosáceo a mostrar rayas rojas. A los 22 años decidió mudarse a Lima para buscar oportunidades principalmente en su formación académica. Se alojó en la casa de unos familiares a los que estimaba mucho. Ellos siempre estuvieron pendientes de él, de su cuadro clínico y de sus aspiraciones a conseguir una profesión. Ayne siempre estuvo agradecido y contento con tanta hospitalidad.

Empezó a estudiar computación en la Escuela Internacional de Gerencia (EIGER) con sede en Miraflores a veinte minutos de su domicilio. Solía llegar al paradero “Siete Sopas” con el ómnibus verde con blanco de la ruta Callao-La Paz. Al cruzar el puente Angamos ya estaba en la puerta de la escuela. Cumplía el horario de lunes, miércoles y viernes de 8.00 de la mañana a las 13.00 horas. Hasta ese momento todo iba bien. Le gustaban las asignaturas, la dinámica de enseñanza, la interacción con sus compañeros de clase pero extrañaba a su guerrera, su mamá Emmita, y además sentía que le faltaba algo.

No tenía una meta adicional a sus estudios. Revisaba constantemente en el buscador de Google páginas de arte, ciencia, tecnología, etc. hasta que encontró una pista. Dio “enter” a la página de un para atleta (deportista con discapacidad física). Inspeccionó con mucha curiosidad de qué se trataba. Era un oficial en retiro del Ejército del Perú que perdió una de sus piernas producto de una emboscada terrorista en el VRAEM y, lo más sorprendente es que ahora podía correr y hacer deporte adaptado.

Sin dudas le escribió un mensaje vía inbox. En ese texto estaban las esperanzas que tanto anhelaba. Recibió una respuesta de inmediato invitándolo a su primer entrenamiento y evaluación en la especialidad de para atletismo.

—Fue grande mi sorpresa al encontrar personas que al igual que yo tenían discapacidad y podían correr, saltar y lanzar. Me evaluaron en las pruebas de campo y calificué para el lanzamiento de bala y luego de un mes de entrenamientos, me inscribieron para una competencia. Quedé segundo en el campeonato nacional —dijo en la entrevista realizada en un medio de comunicación local en donde yo interactuaba —.

En otro pasaje de la conversación, fue muy puntual en sus aspiraciones al anhelar que su meta era llegar los Juegos de Chile 2023 y para poder surgir y lograrlo era necesario que le amputaran la pierna.

—Aun no puedo olvidar ese inacabable segundo de silencio que ocasionó tal confesión (nos quedamos perplejos en el set cruzando miradas gélidas)-.

- Por primera vez mi temple en la conducción de una entrevista se puso a prueba, pero la sonrisa y el suspiro de Ayne me hicieron recalcar a los usuarios de la web que su decisión era definitiva para mejorar su calidad de vida en paralelo a continuar con su objetivo de ser campeón Parapanamericano en su especialidad-.

Pero todos seguíamos en shock. ¿Cómo es que un joven de 23 años con tanta firmeza y sin ningún ápice de temor diga al mundo? “Voy a amputarme la pierna”.

El 26 de agosto de 2020, Ayne ingresó a la Clínica Santa Anita de Pucallpa, previa pollada y donaciones para cubrir los servicios médicos y gastos administrativos que ascendieron a un total de dos mil quinientos soles. Dinero que juntó sol a sol con la ayuda de sus familiares y amigos. Ya había pasado los exámenes de riesgo quirúrgico y por más intentos de sus amistades a reconsiderar su decisión, él se mantuvo inalterable.

A las diez de la mañana del día siguiente ingresó a la sala de operaciones, se despidió de su papá Alfonso y le preguntó a Karito, la enfermera:

—¿A qué hora voy a comer?—. Ambos sonrieron coreando “a las tres”. Ronald Donayre —el médico cirujano a cargo— lo esperaba immaculado y con un fondo de luces destellantes. Luego, procedieron a colocarle la anestesia local y estuvo despierto durante toda la intervención. Vio que con el bisturí le abrieron la piel, pero no llegó a observar con que cortaron sus tendones. Solo recuerda el sonido de un “tac” como martillar un clavo y preguntó al doctor:

—¿Por qué suena?, acaso es tan duro mi hueso. Y le reitero al doctor “hazlo bonito mi muñón”, con ese dejo tan peculiar de todo Pucallpeño.

Entre bromas y preguntas pasaron dos horas y treinta minutos y al salir airoso de la operación en donde le amputaron la pierna derecha, se repetía a sí mismo: “Esta es mi última cirugía, ya no va a ver más dolor, voy a poder seguir con mi deporte y mis estudios. Adiós todo, no más infecciones, fiebre, ni inyecciones, se terminó la hinchazón y la mala circulación que frenaban mis sueños”.

Estuvo una hora en la sala de cuidados intermedios. Lo trasladaron a su cuarto y coincidentemente lo esperaban las mismas personas que lo despedieron. Papá Alfonso estaba sorprendido de verlo vendado y sin una parte de su cuerpo, pero asintió la cabeza en señal de apoyo mientras oía que le pedía risueñamente a Karito que le adelanten el almuerzo. Emma, su madre, llegó quince minutos antes de las tres. Le dio un beso en la frente y dejó entrever en su mirada que “todo está bien, hijo mío”.

El 28 de agosto de 2020 le dieron de alta a las tres de la tarde y al llegar a su casa, sintió la curiosidad de sus vecinos y familiares que le miraban la parte inexistente de su cuerpo muy sorprendidos. Sin embargo, él estaba radiante enrumbando con sus muletas hacia una nueva vida.

Actualmente, Ayne Vela Rengifo, está avanzando a pasos agigantados en el proceso de rehabilitación y terapia. No se cansa de sonreírle a la vida y está liderando una campaña para adquirir una prótesis de competencia que se convertirá en su inseparable compañera en el pódium de la vida.

Cronista en cronocidad

Las asfixias del Perú de Eloy

Suzanne Matienzo

El periodista y poeta Eloy Jáuregui presenta “Asfixias, crónica de la peste en el Perú”, un documento que explora la fase más trágica de la salud en la historia, desde su propia sintomatología y pluma.

Los vapores apimentados de matico caliente traslucen su rostro convaleciente, mientras bebe, el efecto medicinal va a su rescate, está muy abrigado, lleva una medalla como escudo de protección y las imágenes en los cuadros de su habitación parecen murmurar, lo peor ya pasó... se salvó.

Eloy Jáuregui es el cronista inmortal del Perú. Y dicen los intelectuales, entre otras cosas, que respira bajo el agua. Hoy ha hecho un pacto con la vida y sus lectores. Él venció al Covid-19 y en nuevo aislamiento alista su obra “Asfixias”, un retrato real del virus en nuestro país y en su piel, sin dejar de mirar con suspicacia las decenas de pastillas que aguardan su interior.

“Al parecer me contagié cuando investigaba en hospitales y cementerios, quería conocer de cerca la situación, un familiar cayó enfermo en el Hospital Dos de Mayo, fui a verlo... él murió, yo aún sigo aquí”.

Eloy, de 66 años ha registrado a puño y fiebre su temeraria información, en medio de un panteón universal, hasta la fecha son 2,16 millones de muertos en el mundo y 41,181 en Perú por Covid-19 y con la llegada de una variante aún más mortal, el periodista denuncia la odisea de la salud en el Perú, el carácter retrógrado y fatídico de los infestados por la indiferencia y, se sorprende de su afortunada recuperación.

“Pude vencer este mal, pero quien puede vencer a las multitudes que se han inoculado tanto egoísmo y ostentación... arcadas. Aquí el que tiene plata se sana, los demás...” se aflige.

“Los médicos, sanatorios, todo el sistema de salud han colapsado, no hay material de protección, oxígeno, camillas, medicinas... sólo queda encarar a la muerte sin armas”, suspira consternado.

Jáuregui, autor de “Pa’ bravo yo”, afrenta premonitoria al virus, “Caza Propia”, “Una pasión crónica” -biblia para quienes aspiran escribir con pulso y verdad- y otros ejemplares que condensan el periodismo y el ADN del Perú, busca con esta nueva entrega evidenciar la crisis sanitaria en el Perú, las penurias de los profesionales de la salud, el clamor de los enfermos y sus familias y, con su propia pericia patológica, internarnos en un diagnóstico de verdades de altísima temperatura y dolor.

Asfixias se escribe con equis y, en un delirio mental al que me someto, esta letra gráfica reivindica la cruz ausente en el ritual del adiós eterno de tantos infectados que hoy son sólo cenizas, un acierto más del autor con su título, que luce cual Freud de nuestro tiempo, al hipnotizarnos con cada palabra, interpretando sueños, miedos y trances de cada víctima del macabro virus.

En las últimas horas, ataviados de estupor y desconcierto, Eloy y compatriotas ven sobrevolar en un cielo digital un avión que trae desde China un cargamento de 300,000 dosis de vacunas contra el Covid-19. Con el aterrizaje de la nave, habrá un cable a tierra también de las necesidades del país y las promesas del gobierno para resistir ante la pandemia.

Las mejores historias se fundan en las emociones, en historias que tocan o rasguñan el alma, así lo explica el periodista y maestro Eloy Jáuregui, autor de cautivadoras crónicas, quien al cierre de esta información, mantuvo en gran zozobra a todos, al recaer en un grave cuadro de neumonía, como

consecuencia de su aún débil estado de salud y prolongada recuperación del Covid-19. Hoy por fortuna, Hemingway y Vallejo lo siguen teniendo como fiel aliado entre nosotros, para seguir alentando a transpirar tinta con autenticidad, al son del corazón y la razón.



Serie
TALLERES VIRTUALES